

De la autora de *En los zapatos de Valeria*

**ELÍSA BET BENAVENT**

**La  
magia  
de ser  
nosotros**

**PRÓLOGO**

@BetaCoqueta



Existen canciones que dicen cosas importantes. Cosas que no somos capaces de decir por nosotros mismos. Cosas que aún no han pasado, pero cuyo aliento sentimos en nuestra nuca y que besan la piel con labios de hielo y escarcha. Cosas que no sabemos pero intuimos. Cosas que nos escondemos para no morir de pena y decepción para con nosotros mismos. Existen canciones que significan deseos, sueños, aspiraciones o heridas. Hay canciones imparables. Canciones que sangran. Canciones con las que pensamos en aquellos en los que no queremos pensar. Esta es una de esas...

Un chico. Alto. Somnoliento. Casi desnudo. Un chico que se pasa los dedos a contrapelo sobre la barba para sentir el cosquilleo sobre la piel. Un chico que a penas siente ya nada, de tan dolorido que está. Se mira en un espejo que se va empañando por el vaho del agua caliente que cae tras la cortina de la ducha, donde no se siente capaz de meterse. Cuando lo haga empezará irremediablemente el día y él no podrá pararlo. Hace meses que se pararon los engranajes de su reloj y ahora el corazón late por inercia, porque el cuerpo aún no se ha enterado de que se dejó la vida en una ventana. En una maceta. En una nota de mierda. Suena la música a un volumen atronador. No escucha ni siquiera el repiqueteo del agua antes de correr hacia el desagüe, furibunda, como las gotas de una tormenta de verano de las que cuando desaparecen se olvidan. La voz de un hombre suena sobre una guitarra española.

“Hablemos de ruina y espina.  
Hablemos de polvo y herida.  
De mi miedo a las alturas.  
Lo que quieras, pero hablemos.  
De todo menos del tiempo...  
que se escurre entre los dedos”.

Cierra los ojos mientras masca la angustia que le provoca esa sensación imparable de que el tiempo se convierte en polvo y es imposible retener el polvo en las manos. La vida pasa mientras nosotros la miramos, a la espera de que nos traiga lo que perdimos.

- Dios mío... ¿qué he hecho?

La voz suena grave y ronca porque casi ha perdido la costumbre de hablar. No tiene mucho que decir desde hace meses. O quizá el problema sea que hay demasiado que explicar. La piel de sus dedos se vuelve blanquecina cuando se agarra al lavabo. Hace tiempo que tiene la impresión de estar desvaneciéndose. Necesita aferrarse a algo donde pueda descansar el peso de fingir que ella no existe aunque, más que saberlo, lo sangre.

Como siempre, se debate entre odiar los recuerdos y acariciarlos, de modo que los acaricia mientras los odia por haber sido reales y ya no serlo. Los acaricia con los dedos, como los mechones de su cabello largo y oscuro, que se deslizaba como líquido sobre la piel.

“Maldita dulzura la tuya”, dice entre dientes, casi sin aliento. No le quedan ganas de seguir sintiéndose culpable. No le quedan fuerzas para no hacerlo.

Existen canciones que se repiten en vidas paralelas sin que estas sepan que comparten banda sonora. Canciones que condensan odio y amor tan entretreídos que despiertan emociones confusas. Canciones que no entendemos por qué duelen pero que ponemos una y otra vez, porque sufrir es sentir al fin y al cabo. Canciones que no suturan, que cortan; canciones que confiesan secretos que ni siquiera te has permitido saber a ti mismo. Esta es una de esas...

Son las siete y media de la mañana y Madrid hace horas que se despertó con furia. Sus calles son un hormigueo de vidas ajenas. Los semáforos acumulan exhalaciones, recuerdos, preocupaciones y pocas sonrisas.

Una chica. Alta. Despeinada. Con los párpados hinchados. Casi desnuda. Una chica que se pasa los dedos entre los mechones de su pelo, que se encallan en los nudos que la noche ha dejado. Se pregunta si no llevará los nudos en las propias manos desde que él se fue.

Regula la temperatura del agua antes de volver frente al espejo y mirarse mientras este se va empañando. Suena música desde una aplicación en su móvil, que ha dejado sobre el mármol del lavamanos y cuyo sonido reverbera en cada espacio del cuarto de baño que le permite rebotar.

“Y hablas para no oírme.  
Y bebes para no verme.  
Yo callo y rio y bebo.  
No doy tregua ni consuelo”.

La golpea la sensación del olvido y la culpa de permitir que su memoria se aferre con fuerza a su recuerdo por miedo a perderlo. Si se va, si olvida, perderá la poca magia que pudo retener de entre los dedos. Fue real mientras lo recuerde. Volverá a ser solo un cuento si lo olvida.

- ¿Por qué...? – gime.

Hace tiempo que esa es la única pregunta que es capaz de formular y nunca encuentra solución. Se dice a sí misma que el por qué no importa pero no se convence y el silencio vuelve a ser la única respuesta. Y en silencio recuerda las ventanas empañadas, el olor de la lavanda y sus dedos cruzando a contrapelo su barba. No sabe cuándo dejó escapar los sonidos de su memoria pero así es mejor... sí... es mejor.

“Maldita dulzura la mía”, dice entre dientes ella, casi sin voz. No le quedan ganas de seguir echándose la culpa. No le quedan fuerzas para no hacerlo.

La canción sigue sonando. El agua cayendo. Y los ojos siguen abiertos, pestañeando, viendo pasar la oportunidad de recomponer lo que está roto. Él vuelve a pensar en coger el teléfono. Ella en apagarlo.

Hay algo mágico en convertir el silencio en esperanza y los dos, ella, él, ellos, son expertos en hacerlo, se agarran al eco porque donde no hay palabras, se esconden todas las del mundo. Donde no se dijo nada, cohabitan todas las posibilidades. Donde se es cobarde, existe la posibilidad de ser valiente. Pero ninguno hace nada más que recordar fogonazos de lo que fue: unos ojos que parpadean, un ceño fruncido, unas sábanas que huelen a café y la trayectoria de las yemas de los dedos sobre una piel ajena que pareció durante unos segundos una extensión de la propia.

“Maldita dulzura la nuestra”, murmuran dos labios.

Tres mil kilómetros entre estas dos bocas. Meses de ausencia. La seguridad de haber perdido la oportunidad de ser mágicos aplastándoles contra el suelo. Ya no queda esperanza, deben asumirlo y seguir viviendo. Pero... ¿es eso vida?

La canción se desata invadiendo cada rincón, cada azulejo, cada poro de su piel y recuerdo y acaba en una ovación grabada y aplausos vacíos. Después... la nada avanzando a grandes zancadas y... unos nudillos golpeando la puerta.

- Héctor, ¿has terminado ya?

- No. Voy.

Héctor se mete en la ducha.

- Sofía, date prisa, voy a llegar tarde al trabajo.

- Casi estoy.

Sofía se mete en la ducha.

Mentiras. Y silencio.

